

enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreído la calidad de los que con ellos se habían combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habían de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes, traía uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho, con mucha razón había temido.

Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quijote traía venían bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba.

Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decía Favor á la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento donde se contiene que se prenda á este saltador de caminos.

Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decía, y como convenía con las señas con Don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y erugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de su compañeros allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa.

El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho di-

jo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dárselo atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y saltador de sendas y de carreras.

Reíase de oír decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltar de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la existencia de cualquier caballero andante.

Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, saltadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? ¿Y finalmente, qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?



## CAPÍTULO XLVI

De la notable aventura de los cuadrilleros,  
y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.

EN tanto que Don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como Don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para que llevaraquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen luego lo habían de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas.

—Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.

En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rencor á su pendencia.

Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á su capa y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amén.

Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le quería llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al eabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis quería, de que recibió tanto contento Doña Clara que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma.

Zoraida, aunque no entedia bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba á bulto, conforme veía y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite.

Todo lo apaciguó el cura y lo pagó Don Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad había también ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano; de todo lo cual

fué común opinión que se debían dar las gracias á la buena intención y mucha elocuencia del señor cura, y a la incomparable liberalidad de Don Fernando.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así con resoluta determinación se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie y le dijo:

Es común proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa.

Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algún día: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruirle, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algún inexpugnable castillo y fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo?

Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está de más del tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.

Calló, y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual con ademán señorial y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera:

—Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer á los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo.

Y en lo de mi partida sea luego, que yo tengo más voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

—A la mano de Dios, dijo Don Quijote, pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja

tu jumento y el palafreñ de la reina, y despidámonos del castellano y destes señores, y vamos de aquí luego al punto.

Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra.

—Ay señor, señor, y cómo hay más mal en el aldehuela que se suena, con perdón sea dicho de las tocas honradas! ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mío, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y cómo debe un buen criado decir á su señor.

—Di lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo: que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

—No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre, porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta.

Paróse colorada con las razones de Sancho, Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos, lo cual había visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino; y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejole proseguir en su plática, y él fué diciendo:

—Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y



carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme prisa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafreñ, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comanos.

—Oh, váleme Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibí Don Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando fuego por los ojos, dijo:

—Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almarío de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas; vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enaró las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señalando todas de la ira que encerraba en sus entrañas.

A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara; y no supo que hacerse sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor.

Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de Don Quijote, dijo para templarle la ira:

—No os despechéis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las deba de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad.

—Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.

—Así es y así será, dijo Don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de gracia, "sicut erat in principio," antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

Don Quijote respondió que él le perdonaba; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y después de habérsela dejado besar, le echó la bendición, diciendo:

—Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por vía de encantamiento.

—Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.

—No lo creas, respondió Don Quijote, que si así fuera, yo te vengara entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corrierá Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamiento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba.

Dos días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invención de la libertad de la reina Micomicón, pudiesen el cura y el barbero llevarsele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra.

Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote, y luego Don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quien de una manera y quien de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto.

Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto como había pensado que sucedería el cura trazador desta máquina.

Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas



aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia: que fué que trayendo allí la jaula lo encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieron romper ni á dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que decía:

"Oh caballero de la Triste Figura no te dé afincamiento la prisión en que vas porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo león manchego, con la blanca paloma tobosina yacieren

en uno, ya después de humilladas las altas services al blando yugo "matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe "los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa haga dos veces la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. "Y tú, ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en "cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos á la misma flor de la caballaría andante; que presto si al plasmador del mundo le place, te "verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y no saldrán "defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor! Y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, "como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado "caballero, que conviene que vayas donde paréis entrambos; y porque "no me es lícito decir otra cosa, adiós quedad, que yo me vuelvo á "donde yo me sé."

Y al acabar de la profesia alzó la voz de punto, y disminuyóla después con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profesia, porque luego coligió de todo esto la significación della, y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz y dando un gran suspiro dijo:

—Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruegote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prisión donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso.

Y en lo que toca á la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder, que no me dejará ni en buena ni mala suerte; porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle dar la insula ú otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejó declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mía.

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.

